

8 de Marzo:



Han cambiado algunas cosas desde que el movimiento feminista empezó tomando la calle para conmemorar, de forma reivindicativa, el día internacional de las mujeres. Han pasado muchos 8 de Marzo y, como la primera vez, seguimos en la calle ese día. Este año particularmente para denunciar las agresiones sexistas y reivindicar el derecho al trabajo de las mujeres.

En el dossier dedicado al 8 de marzo recogemos, además de este artículo sobre la situación de las mujeres y la lucha del movimiento feminista, una reflexión sobre la feminización de la pobreza, el balance de la legislación de la CEE sobre el trabajo de la mujer y, finalmente, un artículo dedicado al problema concreto de las auxiliares de hogar.

Entre las cosas que han cambiado en el movimiento feminista cabe señalar la aparición y el afianzamiento de lo que hemos venido en llamar el feminismo institucional. El feminismo radical ha dejado de ser el único que habla de los problemas de las mujeres. Ahora también lo hacen otras bajo la tutela de las instituciones.

A algunas no las habíamos visto nunca el pelo ni en las luchas feministas ni en ningún otro campo de la actividad política. Han surgido de esa inmensa e imparable marea de personas, que de repente (cuando hay una poltrona que ocupar) se preocupan de las condiciones de vida de la pobre gente, en este caso mujeres.

Junto con ellas nos encontramos a unas cuantas ex-compañeras que, animadas por el "realismo" y movidas sólo por la eficacia han abandonado el movimiento feminista, pasándose al lugar desde el que según dicen se pueden conseguir cosas para las mujeres: las instituciones. Aprovechándose de lo aprendido de la lucha y organización colectiva de las mujeres, de tantos debates, de tantos aciertos y metidas de pata en luchas concretas, del resultado de miles de voluntades puestas al servicio de esta lucha, pueden instalarse en sus poltronas sin ningún tipo de apasionamiento.

Pero no es esto lo más doloroso ni lo que más tripas revuelve. Mientras ellas se dedican a hacer grandes planes de igualdad, de promoción, de discriminación positiva para las mujeres, a discutir sobre el cupo (¿25%?, ¿50%?), a elaborar planes de bienestar social; otras mujeres siguen peleando por lo más elemental de la subsistencia: por el derecho a un puesto de trabajo, contra los malos tratos y violaciones, por el derecho al aborto, por la libertad sexual. En todas estas peleas por las reivindicaciones más inmediatas no las hemos visto.

La calle las aterra. La pelea también. Se sienten más cómodas en sus despachos, gestionando pequeñas partidas presupuestarias y hablando. Al final les aterran las mujeres que no sean de su estatus y de su cuerda, es decir, la inmensa mayoría de las mujeres. Las que están apuntadas en las listas del paro, las que pelean en contra de la discriminación en las contrataciones de empleo comunitario, las amas de casa, las empleadas de hogar peleando por una ley justa. Precisamente las mujeres a las que el movimiento feminista queremos vincular y ganar para la lucha.

Tal actitud política ha hecho necesario variar el discurso. Ajustarlo a lo que las instituciones y el poder exigen. La problemática social de las mujeres para ellas es un asunto de modernidad. Como tal es inevitable, y no digamos nada con la integración total en Europa. Mantener ese discurso implica necesariamente distorsionar la realidad, ocultar o desvirtuar un montón de problemas de las mujeres. En definitiva, situarse dentro de los márgenes de tolerancia de la sociedad patriarcal.

CON LA LUCHA FEMINISTA AVANZAMOS

Cualquier observadora neutral llegará a la conclusión de que su actividad institucional no ha conseguido cosas significativas para las mujeres. Pero es difícil ser observadora neutral también en este campo; si algo impide un análisis imparcial de la realidad es precisamente la colaboración con el poder. Porque no es que hayan aumentado las posibilidades de conseguir cosas para las mujeres desde otros espacios, haciendo política desde otro lado. Lo que cambia es la política que se hace; la actitud vital de rebeldía que, por encima de las diferencias políticas, supone la vinculación con el movimiento feminista. Han perdido su confianza en las mujeres, y la ilusión por un cambio real en sus condiciones de vida.

Este feminismo reformista ha tomado cuerpo. Avanza lentamente y va minando progresivamente la conciencia feminista, y en todos los terrenos de la política, de algunas mujeres. Con ello salen reforzadas las instituciones y la democracia (dos palabras mágicas), no la lucha de las mujeres.

La firmeza del movimiento feminista

Poco ha cambiado la actitud del movimiento feminista. Esa actitud rebelde, basada en aumentar la autoestima de las mujeres, la legitimidad de su lucha, la confianza en su organización, de compromiso en todos los acontecimientos sociales dándoles una lectura feminista. Actitud basada en una amplia experiencia que permite saber que las agresiones sexuales no son obra de cuatro pirados, que la modificación de determinados preceptos legales (aunque, dicho sea de paso, nos parece bien) no cambia más que en una pequeña medida la realidad, que la discriminación laboral es una constante y que la división del trabajo en función del sexo recorre el mundo del trabajo asalariado... que las raíces de la opresión de las mujeres, en fin, tiene sólidas bases económicas, políticas y

sociales que no se resuelven con la participación institucional y con la democracia.

No es, para nosotras, un problema de audacia. Tampoco somos victimistas, como pretenden achacarnos. Ni es un problema de voluntades. De voluntad el movimiento feminista sabe mucho. Lo mejor que se puede hacer con ésta es ponerla al servicio de lo único que se ha demostrado realista: la pelea de las mujeres y el mantenimiento de la organización autónoma.

Con este posicionamiento como punto de partida el movimiento feminista ha logrado mantenerse por encima de cualquier acoso, y hemos conseguido no pocas cosas: seguir siendo un polo de referencia para las mujeres que se plantean la pelea por la supervivencia en cualquier terreno; hacer una lectura particular de la realidad social y aportar no pocos conceptos y actitudes a las organizaciones mixtas que tienen voluntad de entenderlo.

Desde esta actitud hemos conseguido una alianza con las mujeres, con las mujeres que representan la mayoría social: las agredidas, las discriminadas en el currelo, las que dicen (ellos) que no trabajan (amas de casa), con las jóvenes. Desde esta actitud hemos conseguido mantener un movimiento con unas señas de identidad claras, con firmeza política y con éxitos de convocatoria. Un movimiento vivo, ubicado en el terreno de la radicalidad y de la subversión. Un movimiento que, como decíamos a la vuelta de las jornadas de Santiago, no pasa de nada que importe a la mayoría de la población, y que es lila y rojo con colores intensos.

La situación de las mujeres

Las conquistas o modificaciones en el terreno de la legalidad, que tanto cacarean algunas y que son el *leit motiv* de su vida, chocan con el propio entramado institucional, por no hablar de la propia realidad social.

La Ley de divorcio, por la que tanto peleó el movimiento feminista, ofrece en la práctica dificultades increíbles: los porcentajes de mujeres que no consiguen cobrar de los maridos las pensiones señaladas lo demuestra. Por no hablar ya de la falta de independencia económica de muchísimas a las que ni el cobro de la pensión permitiría plantearse tal cuestión.

El acceso a la anticoncepción no es tal en muchos casos. El increíble número de mujeres jóvenes que quedan embarazadas no es más que un ejemplo de la desinformación, la falta de recursos y las deficiencias de la educación y la sexualidad. Por no hablar de una sexualidad impuesta. La despenalización del aborto en los tres supuestos poco ha implicado, dado que la objeción de conciencia de los médicos de la sanidad pública nos obliga a abortar en la privada. Y esto sobre la base de la negación de la mujer como sujeto que decide y, por lo tanto, del derecho a una maternidad libre y deseada.

El acceso al trabajo de las mujeres en condiciones de precariedad y el trabajo sumergido, el hecho de que sean las mujeres las primeras despedidas, el que las primeras instituciones contraten a las mujeres de forma discriminatoria; no son más que ejemplos de la utilización de las mujeres para salir de la crisis. Por no hablar ya de la doble jornada de trabajo.

Donde parece que se ha conseguido una eficacia más real es en el terreno de la igualdad para el acceso a determinados lugares: ejército, guardias civiles, policía. Ante esta situación, para nosotras sigue teniendo pleno sentido la lucha de las mujeres contra su opresión, de forma autónoma, sin ninguna tutela política y sin estar a la sombra del poder. Porque seguimos teniendo ilusión y el mismo sentido de realismo nos parece que vale la pena continuar en ello durante todo el año y hacer del 8 de Marzo un día de reivindicación y de lucha, ocupando la calle y denunciando a esta sociedad patriarcal y sus cómplices.